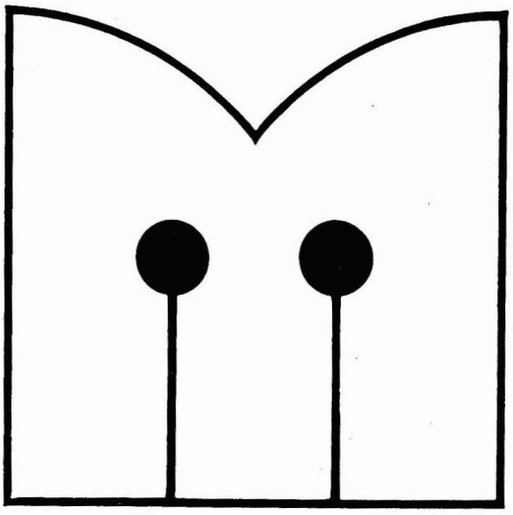


HERNAN LAVIN CERDA

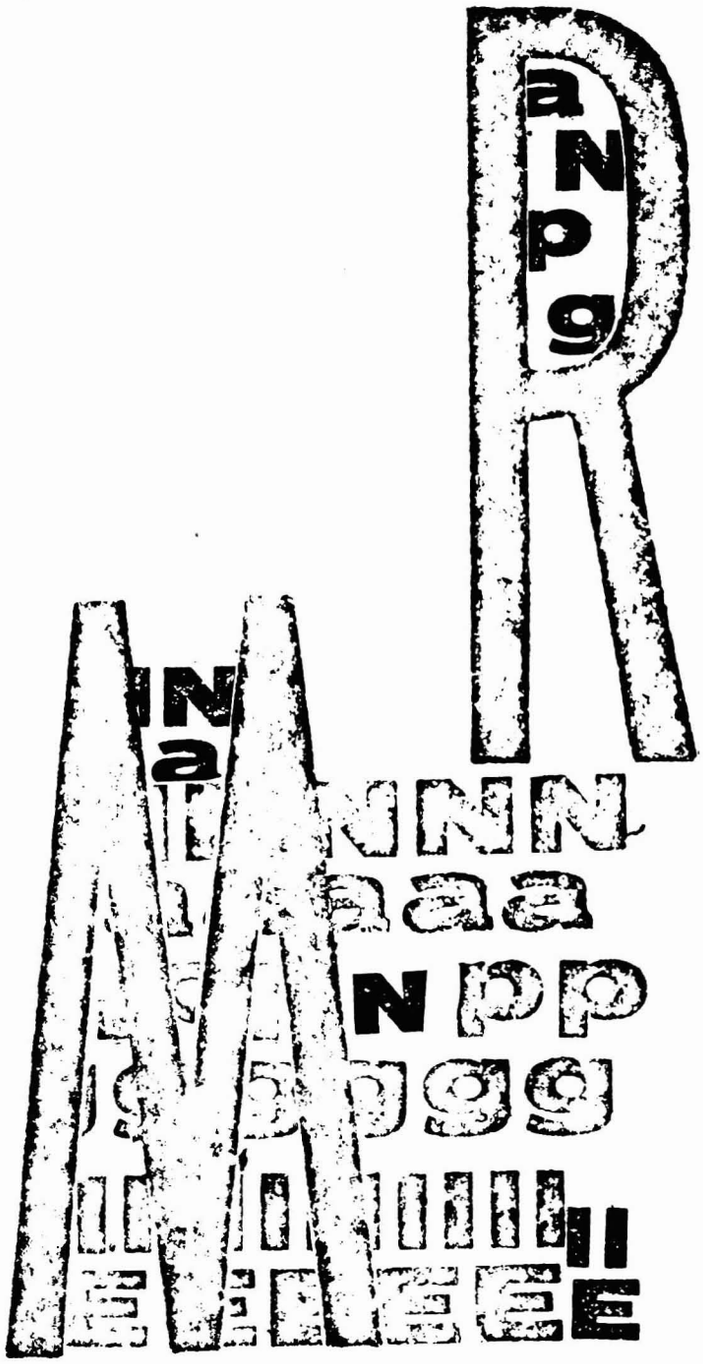
ACEDONIO FERNANDEZ LA TENTATIVA INFINITA DEL PROFETA PORTEÑO

Deseo terminar esta vida como místico, escribió Macedonio Fernández en una carta dirigida a Ramón Gómez de la Serna, y, poco a poco, la realidad fue encargándose de verificar el deseo y Macedonio se fue transfigurando hasta quedar convertido en un místico: estoy frente a sus últimas imágenes donde él aparece peligrosamente delgado y pálido, rodeado de abrigos y mantas y bufandas, con la barba cenicienta y los cabellos blancos y muy largos y su nariz filuda como pintada por el Greco, y los ojos claros y sombríos. Estoy mirando el retrato que le hizo Alfredo Martínez Howard y es como ver a Unamuno en los días finales, y es como ver a Macedonio compartiendo la misma angustia encarnada del bilbaíno preso en el círculo de la contradicción: *Yo necesito discutir, sin discusión no vivo y sin contradicción, y cuando no hay fuera de mí quien me discuta y contradiga, invento dentro de mí quien lo haga. Mis monólogos son diálogos.*

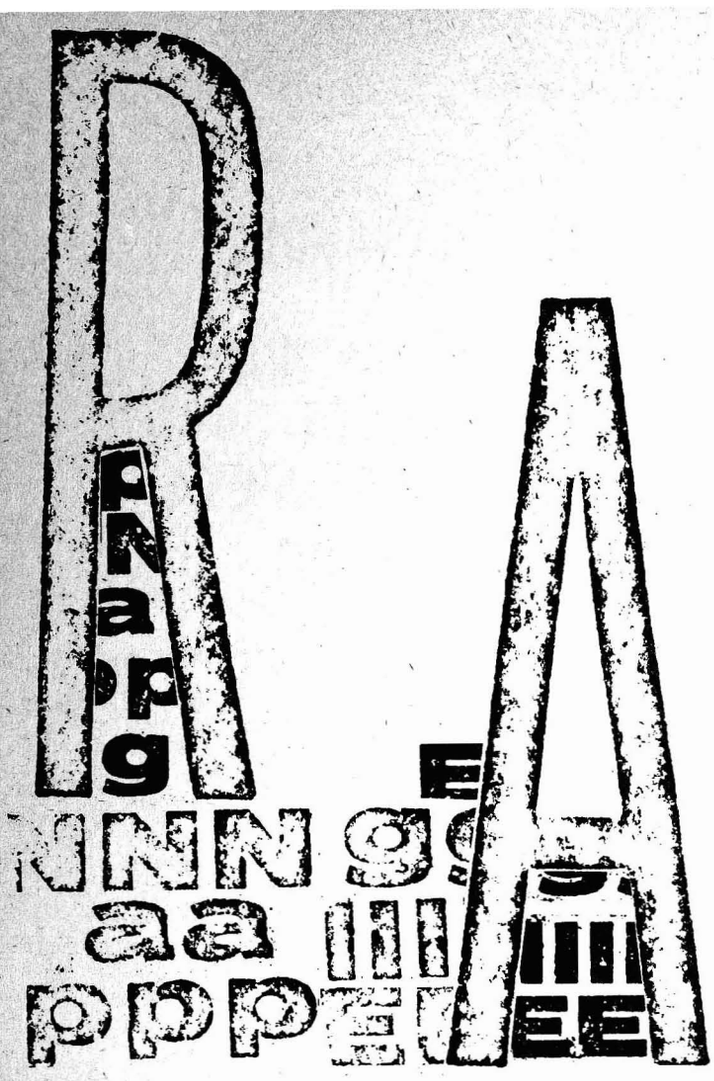
Macedonio Fernández nació en Buenos Aires el primero de junio de 1874 y fue a morir en su misma ciudad de origen, el 10 de febrero de 1952. Este año se celebra el centenario de su nacimiento, y en Argentina se prepara una edición completa de su obra en diez volúmenes, que está a cargo de su hijo Adolfo de Obieta. Macedonio Fernández, al igual que Roberto Arlt u Oliverio Girondo o Felisberto Hernández o el ecuatoriano Pablo Palacio, forma parte de aquellos *adelantados,* aquellas luces marginales de la literatura latinoamericana. La propia metafísica macedoniana, donde se funden la ironía, el humor, el sarcasmo suave, a veces, y las referencias de erudición, constituye una influencia notoria en la obra posterior de un Scalabrini Ortiz, un Borges, un Marechal o un Cortázar.

Macedonio Fernández llega a escribir como piensa: su inquietud metafísica, su reflexión permanente, devienen en literatura cuando él las revierte a través de la expresión escrita. Fernández va convirtiéndose, así, en un eximio autor de metafísica-ficción, cuyos desplazamientos son balbuceantes, tentativos, enmarañados. Se trata de un pensamiento en bruma que persigue una claridad post-consciente, de ningún modo ingenua. *Pensar era para él vivir* –dice su hijo–, *y escribir podía ser un modo de aligerar la tensión del pensamiento o, a veces, de ayudarse a pensar más sutilmente.*

La escritura de Macedonio Fernández es profundamente inaugural, confeccionada casi al margen del "fenómeno literario". Podría decirse que constituye una literatura a pesar de ella misma, sin un afán premeditado del autor por hacer de la palabra una célula de irradiación estética sino un acercamiento al Misterio por intermedio de ella. Cuando usted se enfrente a la obra de Macedonio sentirá que se sumerge en un viaje hacia lo ignoto, donde se funden dos reinos de otra naturaleza: el de la imagen literaria y el de la reflexión filosófica. Jorge Luis Borges, que fue uno de sus más fieles amigos, confiesa que en Macedonio descubrió, por un efecto de atracción y simpatía, a un *doble reversible.* ¿Quién para



Hernán Lavín Cerda ■ *(Santiago de Chile, 1939). Ha publicado varios libros de poesía y narrativa. Acaba de aparecer su libro de cuentos* El que a hierro mata, *por editorial Seix-Barral. Actualmente reside en México.*



quién? El espejo borgiano proyecta, como una memoria siempre virgen y ubérrima, esta extendida visión de su amigo: *Era un hombre frágil, gris, con pelo ceniciento y bigote, que se parecía a Mark Twain. Ese parecido lo complacía, pero cuando se le hacía notar que también se asemejaba a Paul Valéry se sentía incómodo porque no le tenía simpatía. Siempre usaba aquel sombrero hongo negro y creo que hasta debía dormir con él. Nunca se desvestía de noche para protegerse de corrientes que, según su teoría, podían darle dolor de muelas y, para resguardarse mejor, se envolvía la cabeza en una toalla, lo que le daba un cierto aspecto arábigo. Entre sus muchas excentricidades figuraban el nacionalismo (admiraba a un presidente tras otro porque consideraba que el electorado argentino no podía equivocarse), su miedo a los dentistas (lo que lo hacía tironearse los dientes en público, detrás de una mano, para evitar la pinza odontológica) y su costumbre de enamorarse platónicamente de las prostitutas callejeras.*

Sus obras más conocidas son *No toda es vigilia la de los ojos abiertos,* 1928 (Borges dice: "Era un extenso ensayo sobre el idealismo, intencionalmente escrito en un estilo avinagrado y enredado, con el propósito –creo yo– de imitar lo enmarañado de la realidad"); *Papeles de Recienvenido,* 1929; *Una novela que comienza,* 1941, Chile; *Papeles de Recienvenido* y *Continuación de la nada,* 1944; y *Poemas,* 1953, México.

Macedonio se mueve en zonas absolutamente individuales, que antes de él aparecían como intocadas. Sus escritos son de confesión y fundación, encerrando todas las obsesiones de un magistral místico urbano. Cuando nos enfrentamos a una página de Macedonio Fernández (durante el primer enfrentamiento) no sabemos, muchas veces, a qué atenernos. ¿Dónde estamos y ante quién estamos? La preceptiva literaria fracasaría en su intento de reducir el cosmos macedoniano a otras leyes que no sean las suyas. Estamos en presencia de la muerte de los géneros, de su atomización. Macedonio es el triunfo de la libertad, del mestizaje fértil, del descubridor acezante, del "medroso del dolor concreto fisiológico". Tuvo siempre "predilección por la metafísica, doctrina general de la ciencia, biología, psicología, problemas del Arte, música (guitarra); en literatura muy atrasado de criterio y lecturas casi siempre, pero muy interesado en Estética de la Novela. Sin concepto ni gusto en pintura y escultura; algo sensible a arquitectura. He estudiado constantemente los misterios de la salud y desde ha tiempo considero a la terapéutica como una imposible esperanza antibiológica. En 15 años no he hecho medicación alguna ni prohibídome ningún alimento ni vicio; uso mucho café, mate, té y tabaco, no gusto del alcohol ni del juego, no hago ejercicios físicos ni creo en ellos. Vivo ha tiempo con salud imperfecta, variados entorpecimientos fisiológicos pero ninguna enfermedad de dos días de cama desde hace treinta y cinco años".

Este Recienvenido que nunca terminaba de llegar fue un maravilloso conversador, allá en el Café Perla de la Plaza del Once, en las noches sabatinas del Buenos Aires inabarcable. A juicio de quienes estuvieron hasta la madrugada junto a él, Macedonio fue un ser moderado y medular de pocas palabras que hendían como un cuchillo de mil filos. Fue un ser de ideas y tormentosos silencios, un hombre que de pronto tomaba la guitarra para tocar una música inaudible. Pasó por la ironía, el absurdo ("Postergada la lluvia por mal tiempo"/. "No se ve ya un ignorante sin diploma"), y avanzó hasta la *Novela policial:*

> *Un pesquisa fervoroso, ya ascendido y jubilado, fue llamado por excepción para la pesquisa más difícil después de haber cumplido con éxito toda clase de difíciles. Pesquisar, buscar a cierto hombre honrado.*
> *"Lo intentaré" –dijo abrumado, sin esperanza. Efectivamente, 15 días después se suicidó.*

La literatura de Macedonio Fernández está compuesta por un encadenamiento de preguntas y algunas respuestas (fuera de los libros) y nuevas preguntas, en un ir y venir de angustiado profeta porteño, porteñesco y solo, como diría Horacio Ferrer. El jugó, dice su hijo, a la inexistencia y los inexistentes "y ahora le cuesta entrar en la existencia filosófica argentina". Macedonio fue la heterodoxia en filosofía y también en literatura. Silencioso, siempre llegó y entró por la ventana como un duende enfermo de talento: fue el primer cronopio, la primera mancuspia vestida de metafísica y ficción que se vino como un equilibrista por la cuerda mental con el abismo abajo. Los macedonianos te saludan ahora que se cumplen los cien años de tu nacimiento, y vuelven a verte pasar con tu sombrero de hongo negro sobre esa cabeza tuya tan blanca y la cabellera agitándose como un calamar gigante.